

Manuel Longares

Las cuatro esquinas

Edición de Ángeles Encinar

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
1. La literatura del silencio: Manuel Longares	11
El eco de las palabras	12
Periodismo: antítesis literaria	15
Letra y vida	17
Interludio narrativo	21
<i>Romanticismo</i> , obra maestra de la Transición	23
El ascenso del autobús de línea: <i>Nuestra epopeya</i>	28
La ingenuidad en la capital	30
<i>El oído absoluto</i> : fábula sobre la literatura	33
La imaginación ante todo	36
Afán experimental: cuentos	38
2. Madrid y España en el tiempo: <i>Las cuatro esquinas</i>	50
Novela compuesta	50
<i>El principal de Eguílaz</i>	53
<i>El silencio elocuente</i>	59
<i>Delicado</i>	64
<i>Terminal</i>	70
ESTA EDICIÓN	77
BIBLIOGRAFÍA	79
LAS CUATRO ESQUINAS	89
Propuesta	91
<i>El principal de Eguílaz</i>	95

<i>El silencio elocuente</i>	129
<i>Delicado</i>	165
<i>Terminal</i>	199

1. LA LITERATURA DEL SILENCIO: MANUEL LONGARES

Manuel Longares nunca se ha plegado a modas ni objetivos editoriales. Su producción destaca por la calidad y por sus intereses literarios, de ahí que, a veces, pasen años sin una nueva publicación. Cuando aparece la novela o el volumen de cuentos, el lector percibe que tiene entre sus manos literatura auténtica y es cómplice del autor en su nuevo reto. «El escritor literario sabe que su oficio se practica en silencio y que ese mismo silencio suele acoger a corto plazo sus productos. La [...] notoriedad que demanda el tinglado editorial no se aviene con las características de la literatura»¹, afirmaba hace unos años en una conferencia. Considera la intimidad y la reserva, junto a la perseverancia y parsimonia, imprescindibles para construir la obra. La imaginación, la memoria y la palabra son los tres puntales de su escritura; y el lenguaje es fundamental porque la historia está determinada por él, el modo de contar prevalece sobre lo contado, por ello, ha asegurado en diversas ocasiones, «escribir es encontrar un estilo»². Además, a su juicio,

¹ Manuel Longares, «La literatura del silencio», *Cuadernos de Mangana*, 5, Cuenca, Centro de Profesores y Recursos de Cuenca, 2002, pág. 31.

² En «Escribir es encontrar un estilo», entrevista con Ángeles Encinar, *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 34.1, 2009, pág. 328. También manifestaba en la entrevista con Carmen de Eusebio que «El estilo es el modo de abordar la realidad con la palabra», *Cuadernos Hispánicos*, 781-782, julio-agosto de 2015, págs. 204-205.

Para seducir al lector sólo sirve el lenguaje literario. En literatura, el principio es el verbo y el rango de una historia depende de la palabra que la construye. Esa palabra marca el tono del argumento, [...] un escritor es su escritura y por sus obras le conoceréis³.

Estas declaraciones ratifican el papel esencial del lenguaje en toda su producción, como se comprueba desde *La novela del corsé*, de 1979, hasta la más reciente *Sentimentales*, de 2018.

El eco de las palabras

Su fascinación por las letras proviene de su infancia. Parece una paradoja que fuera un diario deportivo el origen de su atracción por las palabras. Las retransmisiones de los partidos de fútbol en la radio estimulaban la imaginación del niño. La voz del locutor le permitía figurar los movimientos de los jugadores y el recorrido de la pelota, al día siguiente contemplaba los signos en las páginas del periódico y sentía la necesidad de descifrarlos. Así se inició en el aprendizaje de la lectura:

Letra a letra y debajo de cada letra el índice de la mano para que el ojo no la perdiese, se creaba la palabra que encendía mis sentidos. Palabra a palabra se formaba la frase y con la frase me venía el eco de lo que había oído por la radio. [...] De este modo, edificué el mundo que no captaban mis ojos⁴.

Y con el paso de los años, la lectura se transformó en un hábito. Como todo buen escritor, se declara lector voraz. En-

³ En «El secreto literario», conferencia impartida en la Fundación Juan March, 14 de octubre de 2014.

⁴ Manuel Longares, *El micro de la Feria*, 75 feria del libro de Madrid, 2017, pág. 13.

tre los narradores que considera decisivos están Benito Pérez Galdós, Pío Baroja, Antón Chéjov, Miguel de Cervantes, José Ortega y Gasset, Ramón del Valle-Inclán, Leopoldo Alas, Clarín, J. D. Salinger y Franz Kafka; también destaca libros eternamente jóvenes como *Diario de un cazador*, de Miguel Delibes, y *El rey de las Dos Sicilias*, de Andrzej Kusniewicz, y «queda Proust, porque Proust es la literatura»⁵.

El 27 de agosto de 1943 nació Manuel Longares Alonso en Madrid, en la calle de Alcalá, esquina a Conde de Peñalver, próxima a las calles Goya, Serrano y Velázquez, que constituyen el famoso «cogollito» del barrio de Salamanca, espacio protagonista en *Romanticismo* (2001), una de sus novelas más celebradas. Por esas y otras calles aledañas —Padilla, Castelló, la antigua Lista, hoy Ortega y Gasset, Hermosilla, don Ramón de la Cruz— paseaba el niño en ocasiones, también en sus idas y vueltas al colegio, cuando fantaseaba, como ha recordado, o inventado. Su padre llegó de Zaragoza a la capital y aquí conoció a su futura esposa⁶. Manuel es el mayor de cuatro hermanos. Comenzó sus estudios primarios en el colegio de Nuestra Señora de El Pilar, en la calle Castelló, donde fue compañero de los hijos de la aristocracia y la burguesía de posguerra, jóvenes que años más tarde ocuparon puestos destacados en la vida política y cultural de la España franquista y de la Transición. En aquellos años se fraguaron dos de sus grandes aficiones: leer y escuchar música. Era lector cuando los demás no leían, aquel chico se sentía distinto a sus coetáneos y no participaba en actos colectivos. Respecto a la música, su inclinación por el género lírico se remonta, sorprendentemente, a la niñez y creció de modo enfermizo desde la década de los cincuenta⁷. Al practicar actividades diferentes a

⁵ En la entrevista de *Cuadernos Hispanoamericanos*, *op. cit.*, pág. 211.

⁶ En *Los ingenuos* recrea esta trayectoria paterna.

⁷ Lo comenta el autor en su interesante «Historia de una novela», antepuesta a la edición en Viamonte de *Soldaditos de Pavía*, 1999, pág. 27.

las de sus compañeros experimentó la soledad del incipiente escritor, pero se regocijaba con un secreto: tenía el tesoro personal de la literatura⁸.

Entre 1960 y 1965 cursó la carrera de Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, pero nunca la ejerció. Algunas experiencias vividas en esa época por aquellos jóvenes marcados por la contradicción han quedado magistralmente reflejadas, bajo el tamiz de la ficción, en *El silencio elocuente* y *Delicado*, segunda y tercera historias de *Las cuatro esquinas*.

Después de haber cumplido con el forzoso servicio militar, ingresó en la Escuela Oficial de Periodismo, su profesión durante muchos años. Su primer trabajo fue en *Gaceta Universitaria*, periódico de noticias estudiantiles, y más adelante fue redactor de la sección económica de *Nuevo Diario*. En 1974 se unió a *Cambio 16* y dos años más tarde a *Historia 16*, dirigida entonces por Jesús Pardo, donde desempeñó la función de corrector de estilo, actividad relacionada con su vocación de escritor. En este sentido, es ilustrativa la siguiente afirmación:

Reincidir en lo ya escrito no es un capricho de virtuoso ni un alarde de paciencia, sino algo inseparable del ejercicio literario [...]. Hay que encontrar el término preciso e incluirlo en el lugar exacto de la frase, mantener un ritmo en el párrafo y evitar repeticiones y rimas. El oficio de escritor conlleva esa exigencia⁹.

En esos años setenta editó un volumen que reunía relatos y artículos juveniles de uno de sus autores admirados, Pío Baroja. Presenta una cuidada selección y un interesante prólogo, donde encontramos sintonías entre ambos. Del

⁸ Declaraciones de su charla «El yo literario», en Saint Louis University, Madrid, 2017.

⁹ Entrevista en *Cuadernos Hispanoamericanos*, *op. cit.*, pág. 204.